

– *¿Cree que el momento que vivimos es una buena oportunidad para que los poetas recuperen algunas de las claves de la literatura social?*

– No lo sé... La literatura social tuvo su justificación y su razón de ser en un tiempo sombrío, carente de todo tipo de libertades. Ahora es distinto, aunque también es cierto que esa especie de neofranquismo, de extrema derecha que se ha instalado en un ala del Partido Popular y en el seno de la Conferencia Episcopal, muy bien podría ser traspasado a la literatura. Lo que pasa es que habría que utilizar un procedimiento, una estrategia expresiva muy distinta a la del realismo social.

– *Ha dicho alguna vez que escribe en legítima defensa ¿quiénes son sus agresores?*

– Aparecen a diario en la prensa y te salen al paso en cualquier esquina, en cualquier mostrador. Ya los he mentado más arriba, son los bienpensantes, los gregarios, los curas neofranquistas, los adictos a la intolerancia, a la mentira, a los fundamentalismos...

– *La memoria es su otro gran punto de partida...*

– La memoria es el factor desencadenante de todo lo que escribo. Escribo porque me acuerdo de lo que he vivido. Si perdiera la memoria, tendría que dedicarme a otro oficio.

– *El título del primer volumen de sus memorias, Tiempo de guerras perdidas, se refiere en sentido figurado a los sueños frustrados, pero también a la propia guerra perdida. Al finalizar la guerra, se suponía que usted, por su familia, pertenecía a los vencedores y, sin embargo ¿qué hizo que poco a poco se fuera sintiendo del lado de los vencidos?*

– No fue un proceso sencillo, no podía serlo. Aparte de algunos conatos precedentes, de algunas respuestas sensibles a las atrocidades de la dictadura, mi primer mentor político fue Dionisio Ridruejo, justamente en el 56, cuando las primeras agitaciones estudiantiles. Después, me uní sin reservas a la lucha antifranquista, trabajé con el partido comunista sin llegar a ser militante.

«La memoria es el factor desencadenante de todo lo que escribo»

– *En alguna ocasión ha insinuado que podría escribir un tercer tomo de sus memorias, para completar Tiempo de guerras perdidas y La costumbre de vivir, pero parece que una de las razones por las que no lo hace es que tendría que hablar de los años de la transición democrática, y teme que su opinión al respecto no fuese muy bien recibida. ¿Le parece que la transición no fue tan modélica como muchos sostienen?*

– Tal vez los pragmáticos opinen que ese fue el único camino posible para hacer viable la transición. Tal vez. Pero ese proceso acumulativo de casualidades que se produjeron tras la muerte de Franco, tenía que haber incluido un tribunal que juzgara sus crímenes. Pero se decretó la historia sin culpables, se pactó el olvido y todo eso... No conviene olvidar que desde 1975, año de la muerte de Franco, a 1978, cuando se aprueba la Constitución, o a 1979, cuando las primeras elecciones legislativas, y si me apuran, a 1981, cuando la intentona de golpe de estado, España vive cuatro o cinco años atroces, de lo más alarmantes. La ultraderecha, una vez más, no aceptaba perder. Y todo eso llevó consigo la supervivencia latente del franquismo, lo estamos viendo. Prefiero no escribir sobre nada de eso, la bibliografía es ya casi abrumadora.

– *En ocasiones su literatura ha estado más cerca de la tradición latinoamericana, a la que le unen lazos familiares y una gran afinidad tras sus períodos en Colombia y Cuba, que de la tradición inmediata de la lengua castellana.*

– Más de una vez he dicho que, aparte de esos dos grandes ejemplos de la literatura española del siglo XX que son Juan Ramón Jiménez y Valle-Inclán, yo me siento muy unido, por toda una serie de afinidades y gustos hereditarios, a una tradición latinoamericana que incluye a poetas como César Vallejo, Pablo Neruda, Octavio Paz, Juan Gelman, y a prosistas como Onetti, Rulfo, Carpentier, Lezama Lima, Borges... Por ahí ando.

– *Si a Espronceda le debe el deseo de ser escritor, el más concreto de convertirse en poeta se lo debe en parte al descubrimiento de Juan Ramón Jiménez durante aquel año que estuvo enfermo de*

«De Juan Ramón lo he aprendido casi todo, incluidos sus excesos»

una afección pulmonar durante su adolescencia. Ahora que se conmemora el cincuentenario de su muerte y es tiempo de homenajes ¿de qué forma es deudora su literatura de la de Juan Ramón? ¿cuál es, en su opinión, la mayor grandeza del poeta?

– De Juan Ramón lo he aprendido casi todo, incluidos sus excesos, y no sólo como poeta excepcional sino como prosista singularísimo. El Juan Ramón de *Espacio* o de *Animal de fondo* y el Juan Ramón de *Españoles de tres mundos* suponen para mí la cumbre de la poesía española desde Góngora y la cima de la prosa española desde Quevedo. Con eso está dicho todo.

– *Esta revista tiene una sección de título borgiano «El otro, el mismo», en la que se habla de otra vocación de un escritor célebre. Parece que ni pintada para usted, que además de escritor es, o ha sido en diferentes épocas de su vida, estudioso del flamenco, teórico del vino, productor musical, navegante, pintor, guionista de teatro y televisión, letrista, profesor de Literatura Española Contemporánea, editor, subdirector de Papeles de Son Armadans, la revista de Cela, y hasta presidente del PEN Club en España. ¿Se ve a sí mismo como una suma de todas esas personas? ¿Preferiría haber sido alguna de ellas en especial en lugar de ser, sobre todo, el escritor José Manuel Caballero Bonald?*

– Pues no estoy tan seguro. Todas esas actividades tenían su sentido y me han servido como almacenaje de experiencias. Pongamos que me hubiese gustado ser, antes que nada, el autor de un buen poema, ese que justifica la vida de quien lo escribió.

– *La editorial Seix Barral ha vuelto a editar su poesía completa, Somos el tiempo que nos queda y acaban de aparecer dos amplias antologías de su obra, Summa vitae, en el sello del Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, y una nueva edición de su Poesía amatoria en Visor, y de Descrédito del héroe, en Bartleby. ¿Cree que su poesía ha encontrado mayor eco que nunca entre los lectores? ¿Intuye que ese éxito pueda estar relacionado con el que tuvo su último libro, Manual de infractores?*

**«Me hubiese gustado ser el autor
de un buen poema»**

– Es posible, pero esas cosas ocurren cuando uno ha llegado al arrabal de senectud... Yo no he renunciado nunca a mis nutrientes como poeta, y a mí me parece que sí, que los lectores han pensado que valía la pena conocerme mejor. Reconozco que he sido un poeta intermitente, discontinuo, que he perdido la fe en la poesía de vez en cuando, pero al final he vuelto a recuperarla... Esa es otra forma de fidelidad conmigo mismo y quiero pensar que el lector lo nota.

– *Su obra siempre ha gozado de un gran prestigio y ha sido recompensada con numerosos premios, tanto en lo que respecta a la narrativa como a la poesía: el Premio Nacional de las Letras, el Pablo Iglesias, el Reina Sofía, el Julián Besteiro y el Premio Andalucía de las Letras, entre otros, por el conjunto de su obra; el Biblioteca Breve por Dos días de setiembre; el Plaza Janés por En la casa de padre; el Boscán por Las horas muertas y hasta el Premio Nacional del Disco por su Archivo del Cante flamenco. Manual de infractores fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura, y el Nacional de la Crítica lo logró tres veces. No puede quejarse...*

– No, no me quejo... Esos reconocimientos te van llegando a medida que envejeces, unos a su tiempo y otros de manera tardía. El arte es largo y además qué importa.

– *¿Qué representa para usted la Fundación Caballero Bonald, cuya sede está en Jerez de la Frontera?*

– ¿Qué quiere que le diga? Fue una iniciativa del Ayuntamiento que me enorgullece y me sirvió en su día de acicate para volver a Jerez. Yo había estado algo distanciado de mi lugar de nacimiento, tampoco ciertos jerezanos me veían con buenos ojos. En mi obra hay algún que otro enfrentamiento a un sector social anquilosado y retrógrado, ignorante y exquisito a la vez, y eso no me lo perdonaron. Bueno, ya sí; ya aquella clase social ha sido barrida por el propio dinamismo de la historia. Las nuevas generaciones ni se acuerdan ya de ese mundo decadente y abolido. La Fundación creada con mi nombre es buena prueba de ello. Y además, funciona muy bien.

**«Los reconocimientos los he vivido
entre la vanidad y la apatía»**

– *Este ha sido un periodo importante para usted. Su ochenta cumpleaños, los homenajes, los reconocimientos. ¿Lo ha vivido con ilusión, con entusiasmo?*

– Mitad y mitad... Lo he vivido entre la vanidad y la apatía. A veces, me he sentido muy honrado y a veces muy aturdido. Además, es la primera vez que cumplo ochenta años y todavía no me he acostumbrado.

– *Ha dicho que las enseñanzas de la edad convierten la literatura en una carta que el escritor se manda a sí mismo. ¿Tiene ganas de seguirse escribiendo?*

– Pocas, la verdad es que tengo pocas ganas. No sé, me falla la constancia o el entusiasmo o ese prurito de mandarme cartas a mí mismo. A lo más que llego es a escribir algún texto circunstancial o a trabajar en algún poema. Ahora tengo dos borradores de poemas, de vez en cuando los repito en la memoria, los voy ajustando en la memoria y a lo mejor de ahí sale algo aceptable. Ya veremos ©

